

FEDERICO GONZÁLEZ

PRESIDENTE 2027

Argentina siempre



Soberanía Argentina de la Inteligencia Artificial

La nueva frontera del desarrollo y la geopolítica del siglo XXI

Federico González

Hay conceptos que llegan sin hacer ruido. Sin fanfarria, sin acto inaugural, sin fotógrafo oficial. Y, sin embargo, cuando uno mira hacia atrás —desde el futuro que ya comenzó— comprende que **esos conceptos silenciosos fueron los que rediseñaron el tablero entero** mientras la dirigencia estaba mirando para otro lado.

La soberanía de la inteligencia artificial es uno de ellos. Y es, además, **uno de los asuntos geopolíticos más cruciales de las próximas décadas.** No el único. Pero acaso el más determinante, porque atraviesa y condiciona a todos los demás: la seguridad, la economía, la educación, la democracia misma.

No tiene la épica visible de una fábrica que se inaugura entre discursos y aplausos. No convoca multitudes. No genera adhesiones viscerales. Pero decide —con la frialdad de un algoritmo y la ambición de un imperio— **quién produce, quién depende, y quién simplemente consume el futuro que otros construyeron.**

La pregunta decisiva de nuestro tiempo ya no es quién tiene los recursos naturales, ni siquiera quién tiene la industria. Es algo más sutil y más inquietante: **¿quién controla la inteligencia que organiza el mundo?**

Esa pregunta no es retórica. **Es el nudo del siglo.**



1. Del territorio a la cognición

Durante siglos, la soberanía se pensó en términos de territorio: fronteras, ejércitos, recursos. La nación era lo que podía defender. La independencia, lo que podía retener. El desarrollismo clásico entendió que eso era insuficiente. **La verdadera independencia exigía industria, ciencia, tecnología.** No bastaba con tener tierra fértil: había que poder transformarla.

Friedrich List, en su Sistema Nacional de Economía Política, nos revela una verdad que el siglo XXI no ha desmentido: «**La potencia productiva de una nación es infinitamente más importante que la riqueza misma.**» No se trata de lo que se tiene. Se trata de lo que se puede hacer con ello.

El siglo XXI introduce un tercer desplazamiento, más profundo y más difícil de ver. **La riqueza ya no reside únicamente en lo que producimos, sino en cómo decidimos producirlo.** Y esas decisiones —estratégicas, económicas, políticas, científicas— están siendo crecientemente mediadas por sistemas de inteligencia artificial.

Aquí emerge el punto incómodo que ningún dirigente quiere enunciar con claridad: **un país puede ser formalmente soberano y, al mismo tiempo, cognitivamente dependiente.** Depende cuando sus datos se procesan en servidores ajenos. Depende cuando sus empresas operan con modelos que no comprenden ni pueden auditar. Depende cuando sus decisiones estratégicas se apoyan en sistemas que responden a otros intereses.

En ese punto, **la soberanía se convierte en una ficción elegante.** Conveniente para los discursos de fecha patria. Irrelevante para la realidad del poder.

Esto ya no es solo un debate académico. **Es geopolítica en tiempo real.** Estados Unidos, China, la Unión Europea y —con creciente ambición— India, Corea del Sur y los Emiratos Árabes están invirtiendo decenas de miles de millones de dólares en construir capacidades propias de inteligencia artificial. No lo hacen solo por entusiasmo tecnológico. Lo hacen porque comprenden que **quien controla la IA controla, en última instancia, la geometría del poder mundial.**



2. La geopolítica de la inteligencia

Conviene ser explícito: **la carrera global por la inteligencia artificial es, en su núcleo más profundo, una carrera geopolítica.** No una competencia de mercado. Una disputa de poder entre naciones y bloques que están apostando su lugar en el orden mundial del siglo XXI a la capacidad de producir, controlar y desplegar inteligencia artificial a escala.

El politólogo norteamericano Joseph Nye nos recuerda que el poder en el siglo XXI sería cada vez más una cuestión de capacidades tecnológicas y narrativas que de capacidades militares brutas. **La inteligencia artificial concentra ambas dimensiones:** es simultáneamente una herramienta de poder duro —aplicaciones militares, ciberseguridad, inteligencia estratégica— y una herramienta de poder blando —plataformas culturales, sistemas educativos, infraestructuras de comunicación—.

Henry Kissinger, en sus reflexiones finales recogidas en el libro *La era de la IA*, ya señalaba certeramente que la IA representaba una ruptura civilizatoria comparable a la invención de la imprenta o el armamento nuclear: **«La IA no solo cambia lo que los países pueden hacer. Cambia lo que los países son.»**

En ese tablero, **la Argentina tiene hoy una posición que podría describirse con una metáfora sencilla: está sentada frente al tablero de ajedrez más importante del siglo, con piezas valiosas en la mano, sin haber decidido todavía si quiere jugar.**

Esa indecisión tiene un costo. **Y ese costo crece cada año que pasa.**

3. La ilusión de la inteligencia prestada

Existe una tentación contemporánea que preocupa más que la ignorancia: **la de creer que acceder a tecnología equivale a desarrollarse.** Como si el simple uso de plataformas globales nos colocara automáticamente en la vanguardia del siglo. Como si consumir inteligencia fuera lo mismo que producirla.



Herbert Simon, premio Nobel de Economía y pionero de la inteligencia artificial moderna, nos revela una paradoja que el tiempo no ha hecho más que profundizar: «Una riqueza de información crea una pobreza de atención.» En el mundo de la IA, podríamos agregar: **una abundancia de inteligencia disponible puede generar la ilusión de inteligencia propia.**

Aquí opera una trampa que Jacques Lacan —el psicoanalista francés— nos invita a reflexionar sobre lo que denominó méconnaissance: **un desconocimiento activo que nos resulta cómodo sostener.** Sabemos que esa inteligencia no es nuestra. Y, sin embargo, actuamos como si lo fuera. La incorporamos sin fricción, fascinados por su potencia, sin preguntarnos qué intereses estructuraron sus respuestas ni qué sesgos heredó de los datos con que fue alimentada.

Karl Polanyi, en *La gran transformación*, propicia reflexionar sobre un mecanismo que hoy adquiere nueva vigencia: **cuando la inteligencia se desincrusta de la soberanía, tiende a reorganizar la realidad según intereses que son —por definición— externos.**

El resultado no es desarrollo. Es **una forma sofisticada de dependencia, donde lo que se terceriza ya no es la producción, sino la capacidad misma de pensar sistemas complejos.** Una nueva versión del viejo problema estructural: exportamos materia prima —datos— e importamos valor agregado —modelos, criterios, decisiones—.

En el barrio lo diríamos sin eufemismos: **le estamos pagando a otro para que piense por nosotros.**

4. Cognitizarse o quedar afuera

El desarrollismo inteligente del siglo XXI introduce aquí una mutación que considero decisiva. Si el siglo XX nos exigía industrializarnos —transformar materias primas en bienes, campo en fábrica, recurso en producto—, **el siglo XXI nos exige algo más profundo: cognitizarnos.**

Daniel Bell, al acuñar el concepto de sociedad postindustrial, señalaba certeramente que el conocimiento se convertiría en el principal recurso estratégico. Hoy esa intuición se ha profundizado hasta volverse imperativa: **no solo el conocimiento, sino la inteligencia operativa**



automatizada —la capacidad de aplicar conocimiento a escala, con velocidad y con aprendizaje continuo— es el factor diferencial del desarrollo contemporáneo.

La **cognitización** no es una metáfora. Es un **proceso productivo concreto** que implica infraestructura, talento, regulación y proyecto. Implica asumir que **la inteligencia —humana y artificial— es el principal factor de producción del siglo XXI**. Y que, por lo tanto, como cualquier factor de producción estratégico, debe ser producida, organizada y orientada con intención política.

La economista italoestadounidense Mariana Mazzucato sugiere pensar el rol del Estado no como mero corrector de fallas de mercado, sino como **creador activo de mercados, orientador de misiones y asumidor de riesgos** que el sector privado no puede ni quiere asumir solo. La soberanía de inteligencia artificial exige precisamente eso.

Joseph Schumpeter, en *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, nos recordaba que el emprendedor es **el agente que rompe el equilibrio existente para instalar uno nuevo y más productivo**. Necesitamos ese impulso schumpeteriano operando desde adentro, no importado como servicio.

5. El riesgo que nadie nombra

Hay un riesgo más profundo que la dependencia económica, y más difícil de percibir porque opera en silencio: **la delegación inadvertida de la decisión**.

Hannah Arendt, en *La condición humana*, señala acerca de los peligros de la automatización del juicio: **la tendencia a ejecutar procedimientos establecidos sin interrogarlos, sin asumir la responsabilidad de pensar**. En un mundo mediado por algoritmos, ese riesgo adquiere una dimensión nueva y más inquietante.

Cuando los sistemas de inteligencia artificial intervienen en áreas críticas —salud pública, seguridad, gestión económica, servicios sociales, política exterior—, **no solo optimizan procesos. También configuran criterios**. Definen qué se considera eficiente, qué se considera



prioritario, qué riesgo es aceptable. Y lo hacen con la apariencia de objetividad que históricamente solo se atribuyó a las matemáticas.

Decisiones aparentemente técnicas encubren elecciones profundamente políticas. Si esos sistemas no son comprendidos, auditados, ni estratégicamente apropiados, el país comienza a **decidir sin decidir**. Delega sin saberlo. Abdica sin firmar el acta.

Esto es geopolítica en su forma más silenciosa y más efectiva: **no la conquista por la fuerza, sino la colonización por la infraestructura cognitiva.**

6. Lo que la Argentina debe hacer: una agenda concreta

Quien escribe estas líneas tiene una convicción que quiere expresar sin ambigüedad: **diagnosticar sin proponer es un lujo intelectual que la Argentina no puede permitirse.** Si este capítulo termina en la descripción del problema sin esbozar la dirección de la solución, habrá fallado en su propósito central.

A continuación, los ejes de una **agenda de soberanía en inteligencia artificial para la Argentina**. No es un plan técnico exhaustivo —eso corresponde a los equipos sectoriales—. **Es una arquitectura de decisiones políticas** que un gobierno con visión estratégica debería comenzar a implementar en los primeros dos años de gestión.

La soberanía de la IA no se conquista en un acto heroico. **Se construye en cien decisiones concretas tomadas con coherencia a lo largo del tiempo.**

1. Ley de Soberanía de Datos e Inteligencia Artificial

La Argentina necesita con urgencia un marco legal que establezca: **a) que los datos generados en territorio nacional son un recurso estratégico** con estatuto similar al de los recursos naturales no renovables; **b) que toda empresa** —nacional o extranjera— que opere servicios de IA sobre infraestructura crítica o datos sensibles del Estado deberá acreditar **capacidad de auditoría local**, como condición para operar en el mercado argentino; c) que las empresas extranjeras que operen con datos argentinos



deben alojar copias procesables en territorio nacional. **Este no es un proyecto de ley tecnológico. Es un proyecto de ley geopolítico.** Sin él, todo lo demás es cosmético.

2. Fondo Nacional de Infraestructura Cognitiva

Sin capacidad de cómputo propia no hay soberanía posible. Proponemos **la creación de un Fondo Nacional de Infraestructura Cognitiva** —financiado mediante un mecanismo de inversión pública plurianual, con participación del sistema científico nacional, el sector privado tecnológico y líneas de crédito de organismos multilaterales de desarrollo— destinado a construir centros de datos soberanos, desarrollar capacidad de computación en la nube pública y garantizar conectividad de alta velocidad para el ecosistema científico-tecnológico nacional. La lógica es simple: **así como no hay industria sin energía, no hay soberanía cognitiva sin cómputo.**

3. Programa Nacional de Talento en IA: Retención y Retorno

La Argentina produce, año tras año, algunos de los mejores ingenieros, matemáticos y científicos de datos del mundo. **Y los exporta, sistemáticamente, por incapacidad de retenerlos.** Proponemos un programa de retención de talento crítico que combine beneficios impositivos para investigadores en proyectos de interés nacional, un esquema de retorno para argentinos en el exterior con experiencia en IA, y la creación de polos tecnológicos vinculados a las universidades públicas en al menos cinco regiones del país. **El talento que se va es capital cognitivo que resignamos. Recuperarlo es una decisión política, no un milagro del mercado.**

4. Alianza Estratégica Latinoamericana en IA

Ningún país de América Latina puede, por sí solo, construir soberanía cognitiva plena frente a las potencias que hoy dominan el sector. **La escala importa.** Proponemos una alianza estratégica con Brasil, México y Chile para desarrollar modelos de lenguaje en español y portugués entrenados con datos latinoamericanos, compartir infraestructura de cómputo y establecer estándares regulatorios comunes. **La geopolítica de la IA se**



juega en bloques. América Latina tiene que dejar de ser el territorio de otros bloques y comenzar a construir el propio.

5. Agencia Nacional de Inteligencia Artificial Estratégica (ANIAST)

Proponemos la creación de una agencia estatal con tres funciones no delegables: **orientar la investigación en IA hacia misiones de interés nacional** (salud, agroindustria, energía, educación); **auditar el uso de sistemas de IA en organismos públicos**; y representar los intereses argentinos en los foros internacionales donde se están definiendo, ahora mismo, los estándares globales de la tecnología. Esta agencia no debe ser una burocracia más. Debe tener autonomía técnica, presupuesto garantizado por ley y conducción con mandato fijo. Su financiamiento será mixto: una base presupuestaria estatal no negociable, complementada por aportes del sector privado tecnológico bajo un esquema de membresía institucional —con voz en la agenda de investigación, pero sin poder de veto sobre las decisiones estratégicas—. La lógica es deliberada: cuando el privado co-financia, tiene interés en que la agencia funcione. Cuando el Estado conserva la conducción, la agencia sirve al país. Si se convierte en botín político o en apéndice corporativo, habrá fracasado en ambos frentes.

Estas cinco líneas de acción no son exhaustivas. Son el esqueleto de una estrategia. **Lo que las articula no es la tecnología sino la convicción política** de que la Argentina tiene que dejar de ser espectadora de su propio futuro cognitivo.

7. La Argentina que podría ser

La Argentina tiene, acaso, **una oportunidad singular que no termina de ver con claridad** porque está demasiado ocupada en sus propias crisis recurrentes.

No parte de cero. Posee una tradición científica de calidad, talento técnico reconocido internacionalmente —y, sin embargo, sistemáticamente expulsado—, y sectores donde la inteligencia artificial puede generar saltos de valor inmediatos: agroindustria, salud, educación, energía, logística. **Tenemos los datos. Tenemos los cerebros. No tenemos, todavía, el proyecto.**

FEDERICO GONZÁLEZ

PRESIDENTE 2027

Argentina siempre



Raúl Prebisch, fundador de la CEPAL y precursor intelectual del desarrollismo, señalaba certeramente que **las relaciones centro-periferia no son accidentales ni inevitables: son el resultado de estructuras productivas asimétricas que se reproducen si nadie interviene para modificarlas**. Los centros producen valor; las periferias proveen insumos. Y esa asimetría tiende a profundizarse, no a corregirse espontáneamente.

Hoy esa lógica amenaza trasladarse —ya se está trasladando— al plano de la inteligencia. **Hay centros que producen IA: entrenan modelos, definen paradigmas, capturan valor. Y hay periferias que la consumen**. Que se adaptan a los modelos que otros construyeron, que aceptan los criterios que otros fijaron, que pagan licencias por herramientas que no comprenden y que, en el largo plazo, moldean la forma en que una sociedad piensa sobre sí misma.

La pregunta no es si eso puede cambiar. **La pregunta es si tenemos la voluntad política de cambiarlo**. Y esa voluntad no surge de la tecnología. Surge de la decisión.

La diferencia entre un destino y otro no es técnica. Es política. Y la política, en última instancia, la hacemos nosotros.

Cierre

Dentro de algunos años —no muchos; la velocidad de este proceso es brutal— miraremos hacia atrás y comprenderemos algo que hoy todavía nos cuesta ver con claridad: **la verdadera frontera del desarrollo no estaba en el territorio, no estaba en la industria, no estaba siquiera en la acumulación de capital. Estaba en la capacidad de pensar**.

Douglas Hofstadter, en Gödel, Escher, Bach, nos revela con su característica ironía que «la IA es aquello que todavía no se ha logrado hacer». **Cada vez que se resuelve un problema que parecía reservado a la inteligencia humana, el campo se redefine y desplaza la frontera hacia adelante**.

Me permito una variación de esa frase para terminar:

La soberanía de la inteligencia artificial es aquello que todavía no hemos decidido construir.

FEDERICO GONZÁLEZ

PRESIDENTE 2027

Argentina siempre



No es un problema de capacidad. No es un problema de recursos. **Es un problema de decisión política.** Las potencias que hoy dominan la geopolítica de la IA no lo hacen porque sean más inteligentes que nosotros. **Lo hacen porque decidieron antes.**

Nosotros también podemos decidir. Pero el tiempo corre. **Y en geopolítica, llegar tarde tiene un costo que se paga con décadas.**

Contacto: **11-6631-3421**

© Federico González.

Se autoriza la reproducción parcial o total del contenido con el único requisito de citar la fuente. Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>